

Autora best seller de The New York Times

KRISTAN HIGGINS

Demasiado
bueno
para ser
verdad



Cuando el exprometido de Grace Emerson empezó a salir con su hermana pequeña, ella se dio cuenta de que había que tomar medidas. Para evitar que todo el mundo se obsesionara con su vida amorosa, Grace anunció que estaba saliendo con alguien. Alguien maravilloso. Alguien guapísimo. Alguien completamente inventado. ¿Quién era aquel don Perfecto? Alguien... diametralmente opuesto a su vecino, el renegado de Callahan O'Shea. Bueno, tal vez, alguien con su físico. Con su cuerpazo. Y con su fino sentido del humor. Con su inteligencia y su gran corazón.

Vaya. No. ¡Callahan O'Shea no podía ser el hombre perfecto para ella! No, teniendo en cuenta su desagradable pasado. Entonces... ¿por qué le parecía tan idóneo el hombre equivocado?

Índice de contenido

Cubierta

Demasiado bueno para ser verdad

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Sobre la autora

Este libro está dedicado a la memoria de mi
abuela, Helen Kristan, la mujer más maravillosa
que he conocido.

Agradecimientos

A la Agencia Maria Carvainis...

Gracias, como siempre, a la brillante y generosa Maria Carvainis, por su sabiduría y sus consejos, y a Donna Bagdasarian y June Renschler por el entusiasmo que han demostrado por este libro.

En HQN Books, gracias a Keyren Gerlach por sus amables e inteligentes aportaciones y a Tracy Farrell por darme apoyo y ánimos.

Gracias a Julie Revell Benjamin y a Rose Morris, mis amigas de escritura; y a Beth Robinson, de PointSource Media, que consigue que mi página web y mis tráilers sean tan estupendos.

En el aspecto personal, gracias a mis amigos y a mis familiares, que escuchan siempre mis ideas: mamá, Mike, Hilly, Jackie, Nana, Maryellen, Christine, Maureen y Lisa. ¡Qué afortunada soy por tener semejante familia y amigos!

Gracias a mis maravillosos hijos, que me hacen la vida tan agradable, y, sobre todo, a mi amor, Terence Keenan. En este caso las palabras no son suficientes.

Y, finalmente, gracias a mi abuelo, Jules Kristan, un hombre de una lealtad inquebrantable, una aguda inteligencia y una bondad innata que no tiene límites. El mundo es un lugar mejor gracias a tu ejemplo, querido Poppy.

Prólogo

Inventarme un novio no es nada nuevo para mí. Tengo que admitirlo. Alguna gente va a ver escaparates llenos de cosas que no pueden permitirse comprar. Algunos miran en internet fotografías de hoteles a los que no van a poder ir. Y algunas personas se imaginan que conocen a un tipo verdaderamente majo cuando, en realidad, no es así.

La primera vez que me ocurrió fue en sexto. El recreo. Heather B., Heather F. y Jessica A. estaban disfrutando de su pequeño círculo de popularidad. Se pintaban los labios de brillo y llevaban sombra de ojos. Heather F. estaba mirando a su chico, Joey Ames, que se estaba metiendo una rana en los pantalones por causas que solo conocen los niños de sexto, y diciendo que tal vez rompiera con Joey y empezara a salir con Jason.

Y, de repente, sin pensarlo dos veces, yo también dije que salía con alguien... Con un chico de otro pueblo. Las tres chicas se giraron hacia mí con un súbito interés, y yo empecé a hablar de Tyler, que era muy mono, listo y agradable. Un joven de catorce años. Además, su familia tenía un rancho de caballos y querían que yo le pusiera nombre a su nuevo potrillo, y yo le iba a enseñar a que acudiera a mi silbido y a ningún otro.

Seguramente, todas nos hemos inventado a un chico así, ¿verdad? ¿Qué tenía de malo creer que, en alguna parte, como contrapunto a los que se metían ranas en el pantalón, existía un chico como Tyler el de los caballos? Era casi como creer en Dios. Había que hacerlo, porque, ¿cuál era

la alternativa? Las otras chicas se lo creyeron, me acibillaron a preguntas y me miraron con un nuevo respeto. Heather B. incluso me invitó a su próxima fiesta de cumpleaños, y yo acepté alegremente. Por supuesto, pronto me vi obligada a contar la triste noticia de que el rancho de la familia de Tyler se había quemado y de que se iban a vivir a Oregon. Además, se llevaban a mi potrillo, Midnight Sun. Tal vez las Heathers y los otros niños de mi clase sospecharan la verdad en ese momento, pero a mí o me importó. Imaginarme a Tyler había sido genial.

Más tarde, a los quince años, cuando habíamos dejado Mount Vernon, nuestro humilde pueblo de Nueva York, y nos habíamos ido a vivir a Avon, en Connecticut, un lugar mucho más pijo en el que todas las niñas tenían el pelo liso y los dientes muy blancos, me inventé otro novio. Jack, el novio de mi pueblo natal. Oh, era tan guapo... (tal y como demostraba la fotografía que yo llevaba en la cartera y que había recortado de un catálogo de J. Crew). El padre de Jack tenía un restaurante buenísimo llamado Le Cirque (eh, yo solo tenía quince años). Jack y yo nos estábamos tomando las cosas con calma... sí, nos habíamos besado. En realidad, nos habíamos metido mano, pero él era tan respetuoso que solo habíamos llegado hasta ahí. Queríamos esperar hasta que fuéramos más mayores. Tal vez nos comprometiéramos y, como su familia me quería tanto, querían que Jack me comprara un anillo en Tiffany's, no de diamantes, sino, quizá, de zafiros, del estilo del de la princesa Diana, pero un poco más pequeño.

Siento decirlo que rompí con Jack a los cuatro meses de empezar el segundo curso porque quería estar disponible para los chicos de la localidad. Pero me salió el tiro por la culata... los chicos de la localidad no estaban demasiado interesados. En mi hermana mayor, por supuesto. Margaret iba a recogerme de vez en cuando, iba a casa a pasar temporadas en las vacaciones de la facultad, y los chicos se quedaban mudos al ver su belleza glamurosa. Incluso mi

hermana pequeña, que en aquel momento estaba en séptimo, ya estaba convirtiéndose en una gran belleza. Sin embargo, yo seguía sin pareja, arrepintiéndome de haber roto con mi novio ficticio y echando de menos el cálido placer que me producía el hecho de imaginarme que le gustaba a un chico así.

Entonces, llegó Jean-Philippe. A Jean-Philippe me lo inventé para neutralizar a un chico de la universidad que era increíblemente persistente e irritante. Tenía la química como asignatura principal y era inmune a todas las indirectas que yo le lanzaba. En vez de decirle al chico que no me gustaba, porque eso me parecía cruel, le pedía a mi compañera de habitación que le escribiera mensajes y los pegara a la puerta para que todos pudieran verlos:

Grace, J-P ha llamado otra vez. Quiere que vayas a pasar las vacaciones a París con él. Ha dicho que le llames enseguida.

Yo quería a Jean-Philippe, me encantaba imaginarme que un francés elegante estaba loco por mí, que se paseaba por los puentes de París mirando sombríamente al Sena, echándome de menos y suspirando mientras comía cruasán de chocolate y bebía buen vino. Oh, yo llevaba siglos enamorada de Jean-Philippe, y aquel amor solo podía competir con el que sentía por Rhett Butler, a quien había descubierto a los trece años y no había olvidado nunca.

Desde los veinte a los treinta años, fingir que tenía novio había sido una estrategia para sobrevivir. Florence, una de las ancianas damas de la residencia para mayores Praderas Doradas, me había ofrecido a su sobrino durante la clase de bailes de salón en las que yo ayudaba.

—Cariño, ¡te encantaría mi Bertie! —gorjeó alegremente, mientras yo intentaba que hiciera un giro—. ¿Puedo darte su número de teléfono? Es médico. Podólogo. Lo que pasa es que tiene un pequeño problema. Las chicas de

hoy día son demasiado tiquismiquis. En mis tiempos, si tenías treinta años y seguías soltera, era como si ya estuvieras muerta. Solo porque Bertie tenga pechos... ¿qué pasa? Su madre era pechugona, también...

Al instante, mencioné a mi novio imaginario.

—Oh, parece un chico estupendo, Flo... pero acabo de empezar a salir con alguien. Vaya...

No es solo con otra gente, eso tengo que reconocerlo. Utilizo al novio de emergencia para... Bueno, digamos que también lo utilizo como mecanismo para sobrellevar la situación.

Por ejemplo, hace unas semanas iba yo a casa conduciendo por una parte oscura y solitaria de la Route 9 de Connecticut, pensando en mi exprometido y en su nueva novia, cuando se me pinchó una rueda. Como sucede siempre cuando uno se ve en peligro de muerte, se me pasaron mil cosas por la cabeza, incluso cuando trataba de controlar el coche para que no volcara. En primer lugar, no tenía nada que ponerme para mi propio funeral (tranquila, tranquila, que no vuelque el coche). En segundo lugar, si podían dejar el ataúd abierto durante el velorio, esperaba que no se me rizara tanto el pelo en la muerte como en vida (tira más del volante, tira más del volante, se te está yendo). Mis hermanas y mis padres iban a quedarse destrozados (pisa un poco el acelerador, solo un poco, para enderezar el coche). ¡Y, además, Andrew se sentiría muy culpable! Se arrepentiría durante toda su vida de haberme dejado (ahora ve frenando con suavidad, bien, bien, sigues viva).

Cuando conseguí frenar en la cuneta y estuve a salvo, empecé a temblar incontrolablemente.

—Dios, gracias, Dios, gracias, Dios, gracias... —canturreé, mientras buscaba el teléfono móvil.

Por supuesto, no tenía cobertura. Esperé un momento y, después, con resignación, hice lo que tenía que hacer. Salí del coche, con el frío de marzo y bajo un chaparrón, y observé el neumático, que estaba roto. Abrí el maletero, sa-

qué el gato y la rueda de repuesto. Aunque nunca había cambiado una rueda, fui ingeniándomelas mientras pasaba algún coche de vez en cuando y me salpicaba con agua helada. Me hice daño en la mano, me rompí una uña, me manché de grasa y de barro y se me estropearon los zapatos.

Nadie se paró a ayudar, ni una sola persona. Maldiciendo, bastante enfadada por la crueldad del mundo y un poco orgullosa por haber cambiado una rueda, volví a meterme al coche con los labios morados de frío y tiritando, helada y empapada. Durante el trayecto solo podía pensar en darme un baño caliente, ponerme el pijama y tomarme un ponche caliente. Pero lo que me encontré al llegar fue un desastre.

A juzgar por las pruebas, Angus, mi West Highland terrier, había mordido el cierre de seguridad para niños de la puerta recién pintada del armario, había sacado el cubo de la basura, lo había volcado y se había comido los restos del pollo que yo había tirado aquella mañana porque me daban mala espina. Y parecía que tenía razón: el pollo estaba malo. Mi pobre perro había vomitado con tanta fuerza que las paredes de la cocina estaban llenas de vómito canino. Había también un rastro de heces blandas hacia el salón, donde encontré a Angus tumbado sobre una alfombra oriental de colores pastel que acababa de limpiar. Mi perro eructó ruidosamente, ladró una vez y movió la cola con culpabilidad.

Nada de baño. Nada de ponche caliente.

Bueno, y... ¿qué tiene que ver todo esto con otro novio imaginario? Bueno, mientras limpiaba la alfombra con lejía y agua e intentaba preparar emocionalmente a Angus para ponerle el supositorio que me había indicado el veterinario, me imaginé lo siguiente:

Iba conduciendo cuando estalló una rueda. Paré, saqué el teléfono móvil, bla, bla, bla... Pero ¿qué era esto? Un coche frenó y se detuvo detrás del mío. Era... veamos... un

coche híbrido con la matrícula M. D., indicativa de que el propietario era médico. Un buen samaritano en forma de hombre alto de unos treinta y cinco años se acercó a mi coche y se inclinó. ¡Dios mío! Fue aquel momento en el que miras a alguien y... ¡zas! Sabes que es él.

En mi fantasía, el buen samaritano me ofrecía ayuda y yo la aceptaba. Diez minutos después, él ya había puesto en su sitio la rueda de repuesto, había cargado el neumático inservible en el maletero y me había entregado su tarjeta. Wyatt Nosequé, doctor en Medicina, cirujano pediatra. Ah.

—Llámame cuando llegues a casa, para que sepa que has llegado bien, ¿de acuerdo? —me pedía, sonriendo, y me escribía su número de teléfono en la tarjeta, mientras yo me recreaba mirando sus largas pestañas y los preciosos hoyuelos de sus mejillas.

Imaginarme todo aquello me hizo mucho más fácil limpiar el vómito.

Obviamente, yo sabía perfectamente que no era un médico guapo y bondadoso el que me había cambiado la rueda. No se lo conté a nadie. Solo era un poco de escapismo saludable. No existía ningún Wyatt (siempre me gustó ese nombre, tan noble y tan lleno de autoridad). Por desgracia, un tipo así era algo demasiado bueno para ser cierto. Yo no fui por ahí contándole a la gente que un cirujano pediátrico me había cambiado la rueda. Hacía muchos años que no fingía en público que tenía novio.

Es decir, hasta recientemente.

Capítulo 1

—Y, con este único acto, Lincoln cambió la historia de Estados Unidos. En su época fue uno de los políticos más vilipendiados y, sin embargo, supo salvaguardar la Unión y hoy día está considerado el mejor presidente que ha tenido nuestro país. Y, posiblemente, que tendrá.

Me sonrojé... Acabábamos de empezar nuestra unidad de la Guerra Civil, y aquella era mi clase favorita. Sin embargo, mis estudiantes de último curso estaban a punto de entrar en coma, porque era viernes por la tarde. Tommy Michener, mi mejor estudiante, miraba con anhelo a Kerry Blake, que se estaba estirando para atormentar a Tommy con lo que no podía tener y, al mismo tiempo, invitar a Hunter Graystone IV a que lo tomara. Por su parte, Emma Kirk, una chica guapa y bondadosa que tenía la maldición de no estar interna y, por ese motivo, quedaba excluida del grupo de los internos, bajó la vista a su pupitre. Ella estaba enamorada de Tommy, y la pobre comprendía que él estaba obsesionado con Kerry.

—Bueno, ¿puede alguien resumir los puntos de vista contrarios?

Desde fuera de la clase nos llegó el sonido de una carcajada. Todos miramos. Kiki Gomez, una profesora de Lengua Inglesa, estaba dando la clase al aire libre, porque hacía un día precioso. Sus alumnos no estaban adormilados. Vaya. Yo también debería haber sacado a los míos.

—Os voy a dar una pista —continué, mirando sus rostros carentes de expresión—: Derechos de los estados ver-

sus el control federal. Unión versus secesión. Libertad para gobernar con independencia versus libertad para todo el mundo. Esclavos o no esclavos. ¿Os suena?

En aquel momento, sonó la campana, y mis estudiantes salieron de su letargo y, de un salto, se dirigieron hacia la puerta. Intenté no tomármelo como algo personal. Normalmente atendían mucho más en clase, pero era viernes, habían tenido exámenes durante la semana. Además, aquella noche había un baile. Yo lo entendía.

Manning Academy era una de esas escuelas pijas que abundan en Nueva Inglaterra. Era un campus de edificios majestuosos de ladrillo, con la hiedra, los magnolios y los cornejos de rigor, campos de fútbol y de lacrosse con hierba de color esmeralda y la promesa para las familias de que, al salir de allí, sus hijos podrían acceder a Princeton, Harvard, Stanford o Georgetown, la universidad que eligieran. El colegio, que fue fundado en la década de 1880, era un pequeño mundo. Muchos de los profesores vivían en el campus, pero los que no vivíamos allí éramos igual que los estudiantes: esperábamos con ansia la última clase del viernes para poder marcharnos a casa.

Salvo aquel viernes. Aquel viernes, yo me habría quedado encantada en la escuela, vigilando los bailes o entrenando a los jugadores de lacrosse. O, demonios, limpiando los baños. Cualquier cosa, mejor que mis planes reales.

—¡Hola, Grace! —me dijo Kiki, asomándose a mi clase.

—Hola, Kiki. Parece que os estáis divirtiendo ahí fuera.

—Estamos leyendo *El señor de las moscas*.

—¡Ah! No me extraña que os estéis riendo. Nada como matar a un cerdito para alegrarse el día.

Ella sonrió con orgullo.

—Bueno, Grace, y... ¿has encontrado acompañante?

Yo hice un mohín.

—No. Y no va a ser agradable.

—Oh, mierda. Lo siento mucho.